



AUGE Y CAÍDA DEL PSOE

UNA MIRADA CRÍTICA A
150 AÑOS DE HISTORIA

CARLOS JAVIER ALONSO



AUGE Y CAÍDA DEL PSOE

CARLOS JAVIER ALONSO

AUGE Y CAÍDA DEL PSOE

UNA MIRADA CRÍTICA A 150 AÑOS DE HISTORIA

ARGUMENTOS PARA EL SIGLO XXI



Colección: Argumentos para el siglo XXI
Director de la colección: Gonzalo Nadal

Auge y caída del PSOE. Una mirada crítica a 150 años de historia

© Carlos Javier Alonso, 2024

© Digital Reasons, 2024

www.digitalreasons.es

info@digitalreasons.es

Serrano, 51 - 28006 Madrid (España)

Primera edición: julio 2024

Diseño de cubierta e interior: Digital Reasons.

ISBN (papel): 978-84-10093-11-9

D.L.: M-15829-2024

ISBN (digital): 978-84-10093-12-6

Ficha bibliográfica: Alonso, Carlos Javier (2024): *Auge y caída del PSOE. Una mirada crítica a 150 años de historia*. Madrid, Digital Reasons.

Imprime: Podiprint.

Impreso en España - Printed in Spain

Las afirmaciones incluidas en el libro son responsabilidad exclusiva de los autores. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Índice

Introducción	9
1. Origen del socialismo	23
2. El marxismo	29
3. Fundación del PSOE.....	45
3.1. Pablo Iglesias Posse.....	49
4. Desde la fundación hasta la Segunda República	57
5. El PSOE durante la Segunda República	83
6. El PSOE durante la Guerra civil.....	113
7. El PSOE en el exilio.....	133
8. El PSOE durante la transición y en la democracia	145
8.1. Felipe González Márquez (1982-1996).....	150
8.2. José Luis Rodríguez Zapatero (2004-2012)	199
8.3. Pedro Sánchez Pérez-Castejón (2018-presente).....	281
Bibliografía básica.....	421
Índice onomástico	429

Introducción

El constante respaldo electoral al Partido Socialista Obrero Español (PSOE) por parte de un segmento considerable de la población española resulta tan sorprendente como provocador. En España, desde 1982, el PSOE ha gobernado exactamente el doble de tiempo que el PP. Y en la era democrática han sido gobiernos socialistas los que más tiempo han llevado las riendas de la nación. Es plausible que muchos de sus votantes desconozcan la historia del partido, ya que, si la conocieran, seguramente reconsideraran su apoyo. La ignorancia, por tanto, constituye una explicación primordial, aunque no la única, para este curioso fenómeno. En una era de información como la actual, es inexcusable que los votantes adultos desconozcan la trayectoria de un partido antes de depositar su confianza en él, convirtiéndose en una ignorancia moralmente culpable.

Además de la ignorancia, las emociones desempeñan un papel crucial en la decisión de voto, pudiendo eclipsar temporalmente el juicio racional. Por ende, los estrategas políticos recurren más a argumentos emocionales, ya que sólo necesitan el respaldo del votante en el momento de emitir su voto. Posteriormente, los sentimientos de los electores y su posible arrepentimiento son menos relevantes, confiando en que su memoria sea breve y su ira se disipe rápidamente.

Entre las emociones que más influyen en los electores se encuentra el miedo, que tiene la capacidad de anular el pensamiento racional y silenciar la voz de la conciencia. Este temor puede hacer que el votante olvide las acciones cuestionables de un candidato y se centre únicamente en temer al adversario. Como se ha visto durante la pandemia de COVID-19, el miedo puede llevar a la población a aceptar medidas extremas y a renunciar a sus derechos fundamentales. En este sentido, el trampantojo de la «ultraderecha» constituye una estrategia usada permanentemente por el presidente Sánchez.

Además de la ignorancia y del miedo, otro factor del voto masivo al PSOE se encuentra en el sectarismo de nu-

merosos electores y militantes que procede de una ideologización de la cual en innumerables casos no son plenamente conscientes, porque han sido convenientemente adoctrinados mediante informaciones falsas no sólo sobre la bondad de su partido, sino también sobre la maldad intrínseca de los que se le oponen. La ideologización que sufren electores y dirigentes del PSOE consiste en convertir el socialismo en una especie de religión –más bien, una secta–, atribuyéndole la noble misión de erradicar la pobreza y combatir la injusticia social. Sin embargo, en la práctica, el socialismo ha demostrado ser ineficaz e incluso ha contribuido eficazmente a incrementar la pobreza.

Como suele ocurrir, el fanatismo encuentra buenos caldos de cultivo en la ignorancia y en la irracionalidad. El socialismo ha promovido activamente esas dos lacras en España, con sucesivas leyes educativas que han degradado la calidad de la enseñanza, ya sea para ganarse a los más jóvenes con aprobados fáciles, o por la absurda idea de que la excelencia educativa era algo propio de fascistas o incluso por la inconfesable certeza de que cuantos más ignorantes haya, más potenciales votantes tendrá el socialismo.

Aunque, cada uno personalmente tiene el deber de superar prejuicios y falacias y de alcanzar la verdad, en el caso de personas sectarizadas, la responsabilidad moral está bastante más diluida porque se trata en muchos casos de auténticas víctimas de la desinformación y del demoledor sistema educativo español. Muchos jóvenes ignoran hoy día aspectos básicos de la Historia de España, por no referirnos al analfabetismo funcional que los asola. Los niveles educativos han ido degradándose y devaluándose desde que se implantó la LOGSE, en 1990, durante el segundo gobierno de Felipe González. Las leyes educativas que se han ido imponiendo posteriormente no han sido más que revisiones frecuentemente empeoradas del paradigma logiano.

Por tanto, no es extraño que muchos ignoren que el socialismo es una ideología política que hunde sus raíces en el marxismo, una doctrina carente de moral que, como sabemos, ha provocado la muerte violenta de más de 100

millones de personas. Irónicamente, no es infrecuente encontrar numerosas obras de divulgación socialista que elevan a Marx a la categoría de líder histórico defensor de los derechos humanos a la altura de Martin Luther King, Santa Teresa de Calcuta, Mahatma Gandhi, etc.

Del marxismo, el socialismo ha heredado el maquiavelismo político —el fin justifica los medios— y también el materialismo, la concepción de que el ser humano y todo lo real son exclusivamente materiales, de que no hay alma, ni vida después de la muerte, etc. Por tanto, los aspectos materiales y económicos constituyen la dimensión humana esencial, lo único verdaderamente importante. Si esto es así, lógicamente deberían tender a impulsar la economía y a combatir las causas de la pobreza. Paradójicamente, el empobrecimiento económico de la sociedad les favorece porque los pobres votan mayoritariamente al PSOE, al ser considerado acriticamente por muchos «el partido de los trabajadores y de los pobres». Si no reciben suficiente respaldo electoral, entonces necesitan más pobres.

Asimismo, se desconoce que, en los casi ya 150 años de historia, el partido socialista ha acreditado una singular capacidad para delinquir: uso ilegítimo de información privilegiada, sobornos, tráfico de influencias, evasión fiscal, extorsiones, fraudes, malversación, prevaricación, nepotismo, despotismo, amenazas, insultos, calumnias, torturas, persecuciones, traiciones, asesinatos físicos y civiles de los adversarios, golpes de estado, procesos revolucionarios, latrocinios sin cuento, prevaricaciones, cohechos, pucherazos, compra de votos, terrorismo de estado y pactos con terroristas, incumplimiento de leyes, modificación de la Constitución por la puerta de atrás, colonización institucional, manipulación informativa, denigración de jueces y fiscales, modificación del código penal, indultos y amnistía a delincuentes, etc. La perpetuación en el poder y la impunidad prevalecen sobre la integridad y la transparencia.

Sin embargo, lejos de pedir disculpas por sus tropelías, la inmensa mayoría de los militantes y dirigentes del PSOE jamás han reconocido sus infamias, ni pedido perdón por sus vilezas, ni ejercido una sana autocrítica por sus desafue-
ros. Al contrario, más bien han tratado de autojustificarse

mediante falacias como las del «y tú más» o la del «y tú también», imputando a los demás sus propios delitos. Por eso, siempre han buscado un chivo expiatorio que les exonere de sus responsabilidades: en el momento actual, ya no es Aznar y la foto de las Azores, sino Isabel Díaz Ayuso, Vox, los jueces y los medios críticos. Sobre ellos, con una recurrencia obsesiva y patológica, Sánchez y sus acólitos arrojan el único fango, la retahíla de expresiones infamantes: el fascismo, el franquismo, el sindicato del crimen, el dóberman, la extrema derecha y la derecha extrema, la carcundia, la caverna mediática, los pseudomedios de la «fachosfera», las fuerzas involucionistas y reaccionarias, los jueces machistas, los políticos tóxicos, homófobos e islamófobos, los filonazis, la motosierra, la ultraderecha, la máquina del fango, etc.

Mediante los mecanismos de defensa freudianos de la negación y de la proyección, los socialistas han declinado su responsabilidad en cualquier caso de corrupción, al tiempo que han arrojado sobre los miembros de otros partidos lo que su conciencia les advierte y recrimina. Sólo un puñado de socialistas íntegros como Julián Besteiro, Enrique Múgica, Francisco Vázquez, Nicolás Redondo Terreros, Joaquín Leguina, Fernando Savater o Rosa Díez han estado a la altura poniendo sus principios éticos por encima de sus intereses particulares, por lo que merecen nuestro respeto y consideración. Pero constituyen la excepción que confirma la regla.

Algunos pensarán que exageramos al definir de modo tan negativo la trayectoria de un partido a punto de cumplir 150 años de historia. Sin ánimo de ser exhaustivos, mostraremos su nociva y perversa influencia para España y los españoles. El PSOE es un partido que busca el poder político y económico, por encima de todo, caiga quien caiga. Por eso, cuando le conviene, recurre al crimen y a la violencia; provoca, la revolución y la guerra, la inestabilidad social y el odio entre hermanos; sus miembros, sistemáticamente, antes y ahora, cuando tienen ocasión, se dedican al robo y al saqueo.

Por eso, el PSOE se ha visto salpicado por graves escándalos de corrupción siempre que ha gobernado en España. La lista es inagotable: el caso Flick, el caso de los Fondos

reservados, el caso Rumasa, el caso Filesa, el caso AVE, el caso SEAT, el caso Osakidetza, el caso CESID, el caso Juan Guerra, el caso Ibercorp, el caso Sarasola, el caso Urralburu, el caso Salanueva, el caso Expo'92, el caso Roldán, el caso Paesa, el caso Palomino, el caso GAL (con 27 asesinatos y un secuestro), el caso Petromucho, el caso PSV, el caso MATSA, el caso Plasenzuela, el caso Riopedre, el caso Porcuna, el caso Amy Martín, la macrocausa de los ERE, el caso Cursos de Formación de la Junta de Andalucía, el caso Malaya, el caso Mercasevilla, la Operación Pulpo, el caso Puerto Gallego (del PSOE de Cantabria), la trama Pokémon (en Lugo, Miño-Sil y la derivada Vendex); el caso Plaza-Kartódromo (del PSOE de Aragón); el caso Azud (financiación en B del PSPV), el caso Dos Hermanas, el caso Puertollano, la trama Gürtel de Plasencia, el Caso Acales, el caso Marea, el caso Tito Berni o caso Mediador, el caso Koldo, el caso Begoña, el caso David Azagra, etc., etc.

Ciertamente la corrupción es transversal y se extiende prácticamente por todos los partidos políticos. Todos corruptos, aunque unos más que otros. No se libran los partidos constitucionalistas, como el PP o el PSOE, aquellos que –se supone– tienen más sentido de Estado. Los que, en teoría, podrían ser la alternativa a los peligrosos experimentos de los populismos. Pero es el Partido Socialista el que lidera el ranking en este aspecto. El que hace años se adornaba con los «Cien años de honradez» suma una cantidad de 3.200 millones de euros sólo en Andalucía. Un volumen muy superior a la cantidad defraudada por el PP (420 millones de euros).¹

Sólo en el caso de los cursos de formación, se estima que hasta 2.000 millones de euros fueron desviados. La Junta de Andalucía habría pagado por cursos que nunca se impartieron, sin exigir la debida justificación ni la devolución de los fondos en caso de incumplimiento. Pero este no es el único caso relacionado con la corrupción en el ámbito socialista andaluz. El más conocido, aunque de menor cuantía, es el de los ERE fraudulentos, una trama de corrup-

1 Javier Torres: «La comparativa en los casos de corrupción de los partidos en España», *Actual*, 1 de marzo de 2016.

ción vinculada al gobierno autonómico que defraudó alrededor de 1.200 millones de euros. La suma total de estos dos grandes casos de corrupción sitúa al PSOE liderando la corrupción política en España, con una cifra alarmante de 3.200 millones de euros sólo en la comunidad autónoma andaluza.

Resulta sorprendente para cualquier observador internacional la aparente impunidad con la que la izquierda puede cometer actos de corrupción sin pagar un precio político. Parece que, independientemente de las acciones del PSOE, siempre habrá una base de seguidores dispuestos a apoyarlo. ¿Cómo es esto posible? La razón radica en la persistente apropiación y colonización de los medios de comunicación por parte del PSOE, en los que se ha difundido la idea de que ser de izquierdas equivale a ser una mejor persona y de que, aunque alguien de esta ideología cometa errores, sus intenciones son nobles porque son de izquierdas. Esta supuesta superioridad moral de la izquierda ha permeado en la sociedad, por desistimiento de sus rivales en la batalla de ideas.

Cada vez que el Partido Popular ha mantenido vigente una de las leyes ideológicas del PSOE, cada vez que el PP ha asumido alguno de los dogmas de la izquierda (aborto, ataques a la familia, ideología de género, ley de memoria histórica, catastrofismo ecologista, desigualdad penal para hombres y mujeres, etc.) estaba otorgando ventaja y legitimidad a la izquierda y asumiendo la idea de que los socialistas tienen la razón, la idea de que cualquier oposición a las tesis de la izquierda es desacertada y que lo correcto es limitarse a ofrecer una gestión eficiente.

En efecto, lo que ha hecho el PP, de manera tácita, es disculparse por no adherirse a las ideologías de izquierda, asumiendo así una falacia que equipara la derecha con la maldad. Este sectarismo ideológico actúa sobre los votantes de izquierda como un anestésico político, por el que las acciones del PSOE, incluso cuando se alían con fuerzas contrarias a los intereses de España, como los separatistas, o contrarios a los valores democráticos, como los comunistas, no importan. Ni siquiera importa cuando el PSOE se asocia con los descendientes de la banda terrorista ETA, quienes

aún siguen sin condenar los asesinatos de casi 900 españoles.

La capacidad del PSOE para asociarse con los elementos más cuestionables del espectro político español sin sufrir un duro golpe electoral se debe, en gran medida, a que muchos votantes de izquierda han internalizado la idea de que cualquier cosa es válida con tal de evitar que gobierne la derecha, un principio que rige las actuaciones de los gobiernos socialistas. Ese «todo vale» incluye aliarse con proetarras y dejar impune cualquier escándalo de corrupción.

Para muchos votantes de izquierda, el robo por parte de los socialistas carece de relevancia siempre y cuando la derecha no esté en el poder. Esta es la consecuencia de permitir que la izquierda imponga su ideología como un pensamiento predominante en la sociedad, abandonando así la lucha cultural y avergonzándose de no adherirse a las posturas izquierdistas, cuando en realidad deberían ser los socialistas quienes se avergonzaran por sus aliados cuestionables y por una historia criminal de la que nunca se han arrepentido ni pedido perdón.

Como demostraremos en estas páginas, el PSOE ha sido el partido más funesto para España y los españoles. Para empezar a hablar, ningún partido ha robado tanto. Siguiendo el principio maquiavélico de que el fin justifica los medios, por conseguir el poder o por mantenerlo, han desfalcado, han robado, han sobornado, han prevaricado, han pactado con independentistas, con golpistas, con comunistas, con terroristas. Han demolido la educación pública, han rebajado los niveles educativos ideologizando a niños, adolescentes y jóvenes españoles para conseguir futuros votantes porque, obviamente, cuanto más ignorantes, los ciudadanos son más maleables y manipulables. Han implantado leyes para mutilar sexualmente a niños y adolescentes, de acuerdo con la ideología trans. Han tergiversado la historia de España –Ley de Memoria histórica y Ley de Memoria democrática–, cancelando interpretaciones de la Historia que no coincidían con la versión frente-populista y demonizando a los partidos de la oposición, a los que persistentemente descalifican como herederos del franquismo y de la dictadura.

Para estos socialcomunistas, el arte del análisis político se ha convertido en algo extremadamente simple: progresistas o fascistas, excluyendo matices y complejidades. Y un Gobierno de progreso tiene que excluir a los fascistas, pero puede incluir a esos «apóstoles del progreso» que son el PNV y Junts. De este modo, parece que el nacionalismo se ha vuelto progresista, aunque, en realidad, quizá sea el PNV el partido con representación parlamentaria al que mejor le cuadraría el calificativo de «reaccionario». Para los socialistas, quienes no les apoyen son fascistas y, si les apoyan, aunque sean de extrema derecha, como PNV o Junts, son progresistas.

Han mentido burdamente con colosal desparpajo, al tiempo que acusaban de mentir y calumniar a los políticos de la oposición. Pero, lo más grave: han permitido el genocidio de millones de seres humanos mediante la ley del aborto. Julián Marías dijo una vez que consideraba la aceptación social del aborto como el problema más grave sin comparación de la España del siglo XX. El PSOE ha conseguido legitimar el aborto y la eutanasia y convertirlos en los nuevos derechos humanos. Los socialistas que los promovieron son éticamente reprobables, personalmente indignos, inequívocamente indecentes, y moralmente impresentables.

Aún más: la situación ha degenerado progresivamente en los últimos años. España es un caso único en la política de las democracias occidentales. Ahora asistimos a un Gobierno de Frente popular respaldado por separatistas que busca perpetuarse en el poder excluyendo a la derecha. Esta narrativa, que presenta a la derecha como intrínsecamente antidemocrática, pone en tela de juicio la legitimidad de la Transición y de la Constitución, así como la estabilidad del país. La Transición es vista como un error por haber legitimado a la derecha y al franquismo. Como afirmó Jaime Mayor Oreja, «para que haya una alternativa política de verdad hace falta una alternativa cultural. No nos gobierna en España un Gobierno, ni una coalición, nos gobierna un proceso que se puso en marcha para que el crimen transitara hacia la mentira. Eso fue lo que acordaron sustancialmente ETA y Rodríguez Zapatero en 2004, para que ETA forme

parte de la democracia española. (...) Es muy duro que ETA cogobierne España en la sombra. El único proyecto que no hemos derrotado es el de ETA».²

En décadas democráticas pasadas, se libraron debates y confrontaciones políticas intensas. Sin embargo, tanto el PSOE, el PP como la UCD nunca negaron mutuamente su legitimidad para gobernar u oponerse. «La táctica ahora es otra: la demolición de la democracia desde dentro, la deconstrucción de la democracia desde el poder: de la ley al despotismo. Hoy, según el PSOE, la mitad o más de los españoles son reaccionarios o fascistas, enemigos de la democracia. Es la guerra civil con otros medios. Además, se ha defraudado a los electores porque los pactos y la ley de amnistía no sólo no iban incluidos en el programa electoral, sino que se defendía exactamente lo contrario. Sánchez promete cumplir y hacer cumplir la Constitución con los enemigos de la Constitución».³

Según la extrema izquierda, representada actualmente por el PSOE y sus socios, España carece de una verdadera democracia, la cual sólo llegará con la hegemonía de la izquierda y la exclusión de la derecha del sistema. Para estos antifranquistas *post mortem* o sobrevenidos, la alternativa es o franquismo o democracia; o fascismo o progresismo.⁴ En este contexto, la Constitución se ve como un obstáculo y se aboga por su destrucción. La clave no está tanto en Junts o ERC, sino en la legitimación de la ETA, que hace de Otegi, un terrorista condenado, un honorable hombre de Estado. El terror ha desaparecido, pero el proyecto no: ruptura de la unidad y comunismo. La clave se encuentra acaso en el cambio radical del PSOE, aunque hay quien incluso duda de que haya operado un verdadero cambio.

2 Jaime Mayor Oreja: «El único proyecto que no hemos derrotado es el de ETA», Entrevista a cargo de Mónica Fuentes, *Heraldo de Aragón*, 22 de marzo de 2023.

3 Ignacio Sánchez Cámara: «La derecha, extramuros», *El Debate*, 18 de noviembre de 2023.

4 No se deben confundir «progreso» y «progresismo» porque no son lo mismo. En frase acertada de un amigo, «progreso es a progresista como cartera, a carterista».

Se cuestiona cómo ha surgido esta grave anomalía. Una respuesta es que el conjunto del voto español dista mucho de ser óptimo. Se reconoce que el resultado electoral de julio de 2023 fue desastroso para España como consecuencia de decisiones igualmente desastrosas por parte de los electores. Sin embargo, pocos se atreven a responsabilizar al pueblo español. La democracia incluye el derecho a equivocarse, por lo que no deberíamos considerar infalibles las decisiones electorales.

Ahora que el pacto entre el PSOE y sus aliados separatistas se ha consumado tras un teatro político impostado, nadie puede permanecer impasible ni pretender normalidad, pues se han cruzado todos los límites: el propio gobierno está dinamitando el orden constitucional con una agenda de demolición con sus socios separatistas. Hablando en rigor, nos encontramos ante un autogolpe, esto es, ante una violación de la legalidad vigente por parte de quien está en el poder para afianzarse en él. No se trata de una cuestión partidista, sino de una cuestión de Estado. El Estado de Derecho se ve amenazado por un gobierno que busca hacer papel mojado de la Constitución y sustituir la justicia por la arbitrariedad.

¿Cómo hemos llegado hasta aquí con el esfuerzo que nos ha supuesto llegar? Sencillamente, mintiendo o, como dice Sánchez, «cambiando de opinión». Obrar reiteradamente el mal puede conducir al envilecimiento, pero la vileza no es lo mismo que la maldad. El envilecimiento consiste en aceptar el mal como algo normal, incluso como algo bueno y deseable. Quien miente es un inmoral, pero quien acepta la mentira se envilece. Aceptar la mentira en general como algo inevitable, e incluso bueno, sobre todo si beneficia a uno mismo o a su grupo, degrada al mentiroso. De este peligro tampoco son inmunes los electores. Votar a quien miente a sabiendas de que lo hace produce el inmediato envilecimiento del votante.

En teoría, el elector vota a un candidato a cambio de sus promesas electorales, que no son ningún contrato. En países donde existe una moral social elevada, la mentira se considera inaceptable y es castigada políticamente. Por el contrario, en países donde la moral ha entrado en franca

decadencia, la verdad no será respetada ni exigida, y todos los actores darán por sentado que el candidato miente y que sus promesas son papel mojado, lo que se convierte en una profecía autocumplida. De ahí que un embustero patológico como Sánchez, con rasgos claramente psicopáticos, haya podido ser reelegido, algo incomprensible en sociedades más sanas.

El peso de la verdad tiene tal trascendencia que los padres fundadores de los EE.UU. aludían a la desobediencia civil o incluso a la insurrección en caso de que el candidato mintiera. Alexander Hamilton lo expresaba sin tapujos: «Si los representantes del pueblo traicionan a sus electores, entonces no queda más recurso que el ejercicio de ese derecho original de autodefensa que es primordial para todas las formas positivas de gobierno».⁵

Los socialistas españoles del PSOE han incurrido en este comportamiento durante décadas, mintiendo en múltiples ocasiones. En 2005, negaron estar negociando con los terroristas de ETA, luego mintieron al afirmar que nunca formarían gobierno con los comunistas de Podemos, y finalmente cedieron ante los separatistas a pesar de negar una amnistía. La reiterada falta de veracidad del PSOE lo ha convertido en un partido del que ya no te puedes fiar ni para preguntarle la hora.

Es importante destacar que, desde una perspectiva moral, una promesa falsa equivale a una mentira. Si los votantes son constantemente engañados, el proceso electoral se convierte en un fraude. Si los delincuentes son amnistiados para complacer al presidente, se socava la igualdad ante la ley. Si los tribunales se pliegan al poder político y tergiversan la ley, la justicia se ve comprometida. Y si algunos son eximidos de seguir las reglas mientras que otros son sujetos a un escrutinio estricto, la injusticia se torna insoportable.

No todo gobierno legal es necesariamente legítimo. De acuerdo con la teoría jurídica, la legitimidad de un acto implica necesariamente que posea de tres características:

5 Alexander Hamilton: *Federalist Papers*, New York, edited by Clinton Rossiter, New American Library, a division of Penguin Putnam Inc., 1961, p. 278.

a) Validez: Que cuente con un correcto origen; b) Justicia: Que otorgue a cada quien lo que le corresponde; y c) Eficacia: Que se rija por las reglas de juego. Basta con que alguno de estos tres elementos falle, para que una acción deje de ser legítima o, cuando menos, posea una legitimidad cuestionable. Si una autoridad no es legítima, por ejemplo, no estamos realmente obligados a obedecerla.

Un gobierno pierde su legitimidad cuando no se adhiere a la Constitución y a las leyes establecidas. Un político que sigue ciegamente a un líder, sin importar sus vaivenes y mentiras, es despreciable. Por tanto, vivir bajo un régimen o gobierno al que no se le reconoce legitimidad degrada al ciudadano. Sólo hay dos opciones: obedecer a quien se considere justo y legítimo para gobernar o contribuir a su destitución porque ser gobernado por alguien que uno considera indigno sólo conduce al envejecimiento.

El reciente acuerdo entre el PSOE y Junts para aprobar una ley de amnistía, claramente inconstitucional –como incluso admitía el propio gobierno hasta poco antes de las elecciones generales–, otorgará a los catalanes sediciosos el privilegio único de eliminar retroactivamente sus graves delitos, simplemente porque el presidente del gobierno así lo desea.

A pesar de ello, nadie duda que la amnistía será refrendada por un Tribunal Constitucional que ya tiene decidido su voto de antemano. ¿Ha participado el presidente de dicho tribunal en la preparación de una ley negociada entre el gobierno y un prófugo de la Justicia?⁶ Desde el punto de vista político, este acuerdo es sumamente grave. Tal como lo pretendían los separatistas, la amnistía desacredita y humilla a España, y deslegitima tanto al Tribunal Supremo como al Rey. Además, presupone que el separatismo representa a toda la sociedad catalana y respalda el relato separatista con su persistente victimismo.

La realidad es que no podemos seguir fingiendo que el gobierno actual respeta la Constitución, o incluso que

6 Cfr. Carlos Cuesta: «Pumpido doblega a sus magistrados: ‘Todos los progresistas del TC se van a inmolar en defensa de la amnistía’», *Libertad Digital*, 13 de noviembre de 2023.

existe una Constitución defendida por un Tribunal Constitucional. Por el contrario, debemos exponer la ilegitimidad de este gobierno y mantener la presión en todos los frentes para detener este golpe antes de que el deterioro de la situación ponga en peligro nuestra convivencia, un riesgo real que no podemos permitir bajo ninguna circunstancia.

Son también cómplices los diputados del PSOE. No olvidemos que fue Sánchez quien hizo las listas. «Convocó elecciones generales después de la derrota en las municipales para que no le movieran el partido —rememora Juan Van-Halen—. Todo el mundo lo sabe, pero ni caso. Casi todo está ya escrito. Leopoldo Calvo Sotelo fue presidente porque su antecesor, Adolfo Suárez, recibió el aviso de que no contaba con el apoyo suficiente de su grupo parlamentario. Si una parte de los diputados del PSOE hubiesen tenido coraje, hace tiempo que habría otro líder en Ferraz. Luego, en conversaciones privadas, esos diputados silentes y cobardes admiten el desastre. Se han enrocado hacia la nada. A ver qué hacen cuando caiga al suelo el muñeco».⁷

La mentira es la hoja de ruta del actual Gobierno. «Mentir, difamar, confundir, distraer la atención, crear relatos al gusto de su audiencia sin necesidad de que sean verdaderos —es la acertada descripción del analista Antonio Caño—. A esto se ha reducido la política desde que Sánchez está al frente y esta ha sido, por supuesto, la reacción ante el caso Koldo, la misma que ante la infame ley de amnistía. El Gobierno no tiene miramientos siquiera en manipular el trabajo de la Comisión de Venecia. Da igual, todo vale. La pinza entre un gobierno subversivo y un Tribunal Constitucional escandalosamente politizado amenaza “el orden constitucional dentro de la legalidad vigente”, como ocurrió el 23 de febrero de 1981. España se desliza hacia la tiranía delante de nuestros propios ojos, y no podemos permitirlo».⁸

Es imperativo que se lleven a cabo elecciones generales de manera urgente, ya que el Gobierno, que claramente

7 Juan Van-Halen: «Sánchez y sus cómplices», *El Debate*, 26 de marzo de 2024.

8 Antonio Caño: «La naturaleza del sanchismo», *The Objective*, 4 de marzo de 2024.

no tiene intención de actuar, está ignorando la grave crisis institucional y moral que enfrentamos. Si no se convocan, sería pertinente presentar una moción de censura con el único propósito de iniciar el proceso electoral. Aquellos partidos y grupos que no apoyen esta medida quedarían expuestos como cómplices de la decadencia. No es sólo que esta legislatura sea errática y desequilibrada, sino que está profundamente corrompida. Pero esto solo resulta insuficiente. En estos momentos se precisa la desaparición o refundación de un partido, el PSOE, que atenta gravemente a la libertad y a la democracia.

La amnistía y el caso Koldo son ejemplos claros de una política amoral, basada en el utilitarismo más básico y sin principios, sometida a los caprichos y necesidades de un solo individuo. Un personaje, además, indiferente al veredicto de la realidad. Sánchez no responde ante la evidencia. Los hechos no le afectan ni le apartan de su misión. A quien le acuse de mentir, se le llama mentiroso. A quien le señale como corrupto, se le reprocha más corrupción aún. Total, qué más da. Nadie se siente obligado a responder, nadie siente el impulso hacia el más mínimo gesto de decencia. Ni en el Gobierno, donde lo más atrevido que puede escucharse es el silencio; ni en el PSOE, donde han tocado a rebato las mismas campanas que pronto tocarán a muerto. No es suficiente, por tanto, con un cambio de Gobierno.

No hemos sido objeto de ninguna maldición bíblica. Del mismo modo que entraron en barrena el Movimiento Socialista Panhelénico, más conocido como PASOK en Grecia, el Parti Socialiste (PS) en Francia o el Partido Socialista Italiano (PSI), del mismo modo debería hacerlo también el Partido Socialista en España. El PSOE —que alcanzó su punto álgido con Felipe González y su fracaso más estrepitoso con Pedro Sánchez— no puede seguir siendo votado por más tiempo. El PSOE ya no merece el respaldo de los ciudadanos: debe desaparecer y vamos ayudarle a desaparecer.

1. Origen del *socialismo*

El término «socialismo», en su sentido amplio, engloba todas las teorías relacionadas con la organización política y social que buscan una reforma de la sociedad y el estado, con el objetivo fundamental de promover la justicia social. Para lograr esto, se propone la socialización o estatización de los recursos económicos. Este concepto tiene sus raíces en las contradicciones sociales surgidas durante el desarrollo de la revolución industrial en Europa e indica en los años treinta del s. XIX a «los creadores de los diversos sistemas sociales que, incluso en lucha entre ellos, estaban unidos por una común aversión hacia el individualismo predominante en la economía y hacia la preeminencia otorgada a las cuestiones políticas con respecto a las económicas o sociales».⁹

El término «socialista» fue usado probablemente por primera vez en 1827 en la revista oweniana *Co-operative Magazine*, y «socialisme», en 1832, en *Le Globe*, órgano de los saint-simonianos dirigido por P. Leroux: precisamente por obra de Leroux tuvo su primera difusión a través de la *Revue encycopédique*, que publicó también un intento de definición: *Sobre el individualismo y el socialismo* y *L'Encyclopédie nouvelle*. Los principales grupos socialistas fueron en Francia los saint-simonianos y los fourieristas, y en Inglaterra, los owenianos, unidos todos ellos por su crítica a la política y por privilegiar la «cuestión social», por la crítica a la propiedad privada y por la experimentación de modelos comunitarios de vida y la confianza en la educación de las jóvenes generaciones como instrumento esencial para la superación del individualismo.

En 1839, estos grupos fueron denominados «socialistas utópicos» por el economista Blanqui en su *Historia de la economía política*,¹⁰ mientras se comenzaba a distinguir

9 G. D. H. Cole: *Historia del pensamiento socialista*, 1, 1953.

10 Adolphe Jérôme Blanqui: *Historia de la economía política en Europa*, trad. esp. por Nicolás Arias, Madrid, 1839.

entre socialismo y comunismo.¹¹ La denominación de «socialismo utópico» fue consolidada por la clasificación de la literatura socialista y comunista realizada por Marx y Engels.¹² A propósito de Saint Simon, Fourier y Owen, Marx y Engels reconocen el valor crítico de «sus doctrinas de carácter positivo acerca de la sociedad futura, las que predicán, por ejemplo, que en ella se hallarán las diferencias entre la ciudad y el campo o las que proclaman la abolición de la familia, de las ganancias privadas y del trabajo asalariado, el anuncio de la armonía social, la transformación del estado en un simple organismo administrativo de la producción», pero atribuyen al escaso desarrollo del proletariado y de la lucha de clases el hecho de que «estos sistemas reconocen ya el antagonismo entre clases pero no perciben todavía en el proletariado una función histórica autónoma, un movimiento político propio y peculiar».¹³

Marx y Engels valoran positivamente el «socialismo y comunismo crítico utópico», distinguiéndolo netamente del socialismo «reaccionario», representado por los escritores que idealizan las relaciones sociales del Antiguo Régimen y por el socialismo filosófico alemán de M. Hess y K. Grün, y del socialismo burgués de Proudhon, que no cuestiona la substancia de las relaciones capitalistas de producción. No obstante, contrapondrán al «socialismo utópico» su propio «socialismo científico», que ve en la formación del proletariado industrial la auténtica vía de la formación comunista de la sociedad y en la lucha de clases revolucionaria el método de la transformación, y que identifica en las contradicciones objetivas del modo de producción capitalista el indicio de su necesario fin y de su paso, también necesario, a un modo de producción superior.

Estos elementos diferenciadores son afianzados y desarrollados por Engels en el *Anti Dühring* y recogidos en *La evolución del socialismo de la utopía a la ciencia* (1888). La

11 Cfr. Lorenz von Stein: *Socialismo y comunismo en la Francia contemporánea*, Leipzig, 1842

12 Karl Marx y F. Engels: *El Manifiesto del Partido Comunista*, 1848.

13 Karl Marx y Friedrich Engels: *Manifiesto del Partido Comunista*, Moscú, Editorial Progreso, 2014, pp. 81-82.

denominación de «comunista» asumida por la Liga de los Justos en 1847 y por el *Manifiesto* de Marx y Engels denota el clasismo de la nueva orientación con relación a los precedentes «sistemas socialistas». En los prólogos de 1888 y 1890 al *Manifiesto*, Engels subraya cómo en 1847 «socialistas» eran los owenistas y los fourieristas y los grupos más diversos de reformadores sociales, y «comunistas», aquellos grupos obreros organizados sobre bases radicales, como los seguidores de E. Cabet y W. Weitling: «En 1847, el "socialismo" designaba un movimiento burgués, el "comunismo" un movimiento obrero».¹⁴

Friedrich Engels¹⁵ fue quien acuñó el término de «socialismo utópico»¹⁶ para referirse a los primeros socialistas, por oposición al «socialismo científico» creado por él y por Karl Marx. De esta forma, pretendía destacar que las propuestas de aquellos eran puras formulaciones «idealistas» –irrealizables, utópicas– ya que no se basaban en el análisis «científico» de la sociedad capitalista y de sus fundamentos económicos y no tenían en cuenta la realidad de la lucha de clases.¹⁷ Marx y Engels creían que no se debería fantasear con «imágenes» distractoras de falansterios o estados imaginarios, sino organizar a los trabajadores exponiendo las contradicciones del capitalismo.¹⁸

14 Friederich Engels: *El Manifiesto del Partido Comunista*. Prólogo de Engels a la edición alemana de 1890.

15 El filósofo marxista alemán Friedrich Engels nació en Barmen, (Wuppertal, cerca de Düsseldorf). Hijo de un empresario industrial y educado en una familia rígidamente pietista, abandonó sus ideas religiosas tras la lectura, a sus 19 años, de *Vida de Jesús* (1835), de F. Strauss. Durante su servicio militar en Berlín, entra en contacto con la izquierda hegeliana; *La esencia del cristianismo* (1841), de Feuerbach, lo orienta hacia el materialismo, y a través de Moses Hess abraza el comunismo. En 1844, inicia en París su amistad con Marx, a quien había conocido anteriormente en Colonia, y esta amistad supondrá un período de cuarenta años de íntima colaboración, que abarca tanto aspectos intelectuales y políticos como de ayuda económica.

16 Friederich Engels: *Del socialismo utópico al socialismo científico*, 1880, sección de una obra anterior, el *Anti-Dühring* de 1878.

17 Gian Mario Bravo: *Historia del socialismo (1789-1848)*. *El pensamiento socialista antes de Marx*, Ariel, 1976, p. 33-41.

18 Gregory Claeys: *The Cambridge Companion to Utopian Literature*,

Los análisis y las propuestas de cada autor fueron muy diferentes, pero, en algunos casos, le sirvieron a Marx para su crítica del capitalismo y de los procesos históricos. Y algunas de sus preocupaciones perviven en los tiempos actuales. En ese sentido, aunarlos en un conjunto único, tachándolos de «utópicos», no parece lo más adecuado. Podríamos definirlos, tal vez, como «socialistas de anticipación».

Así pues, entre los socialistas utópicos cabe incluir al británico Robert Owen (1771-1858) y a los franceses Claude-Henri de Saint-Simon (1760-1825), a Charles Fourier (1772-1837) y a los que desarrollaron sus teorías en el siglo XIX, como Louis Blanc (1811-1882), Auguste Blanqui (1805-1881) y Joseph Proudhon (1809-1965). También podría alcanzar a otro británico, William Godwin (1756-1836) —padre de Mary Shelley, autora de la novela *Frankenstein*—, considerado el primer teórico del anarquismo. Todos ellos contribuyeron, en mayor o menor medida, a criticar las injusticias que producía la economía de mercado en un tiempo en que el Estado prácticamente no intervenía en las condiciones de los trabajadores contratados por los dueños de talleres y fábricas.

Y también propusieron soluciones. El conde Saint-Simon, por ejemplo, articuló su visión del cambio histórico en su obra principal, *El nuevo cristianismo* (1825). Sostenía que el pensamiento científico eventualmente triunfaría, definiendo así la estructura de las relaciones económicas y sociales. Según él, la transición del feudalismo a la sociedad industrial marcaba el dominio de la racionalidad científica, impulsora del progreso. Postulaba que aquellos intelectualmente más capacitados debían liderar la sociedad hacia la máxima prosperidad. Además, abogaba por analizar las sociedades de manera empírica, de modo similar a otras disciplinas experimentales como la física o la biología.

En rigor, Saint-Simon no desarrolló una utopía, sino que sometió a la sociedad surgida de la Revolución francesa a una crítica radical. En este contexto, abogaba por acciones gubernamentales que mejoraran tanto la situación moral

como material de los trabajadores, eliminando los flagelos de la pobreza y las guerras. Para ello, debía desplazarse a los sectores improductivos y los productivos debían dirigir los destinos de la nación, ejerciendo cada vez menos gobierno (entendido como despotismo) y más administración. Según Gian Mario Bravo: «[Saint-Simon] no fue un utopista, al contrario de Fourier, que a veces hizo concesiones a una representación utópica de la sociedad. Su visión del futuro ofreció incluso un análisis típicamente antiutópico, basado en la ciencia, que pretendía dar un encuadre industrial a toda la construcción social, y que hoy podría ser tachado de visión tecnocrática».¹⁹

Saint-Simon no se oponía a la propiedad privada, pero abogaba por suprimir la herencia para evitar acumulaciones generacionales desmedidas. Consideraba que la industria debía ser el núcleo de la sociedad, satisfaciendo las necesidades de todos. Proponía que el Estado emprendiera grandes proyectos en beneficio social, como ferrocarriles, diques, puentes y bancos populares, mientras enfatizaba la necesidad de solidaridad social y una organización racional de la producción.

De manera muy diferente analizó los nuevos tiempos Charles Fourier, quien estimaba que la pobreza era la causa principal de los desórdenes sociales. Cuestionó la libre competencia, que se imponía con la industrialización, y el sistema comercial capitalista, que conocía bien puesto que él mismo había heredado la profesión de su familia: comerciante. En 1829, propuso un modelo agrarista, los «falansterios», donde convivirían un grupo de personas –1.620 sería el número adecuado– en una extensión de 2000 hectáreas, en cada uno de los cuales se construiría una gran residencia, con instalaciones compartidas, y campos de cultivo circundantes.

Por su parte, Robert Owen, propietario de una industria textil, criticó el sistema de propiedad industrial y fue un precursor del cooperativismo. En su fábrica de New Lanark, en Escocia, trató de experimentar métodos de trabajo más

19 Gian Mario Bravo: *Historia del socialismo 1789-1848. El pensamiento socialista antes de Marx*, Barcelona, Ariel, 1976.

humanos para los obreros, acortando la jornada laboral y proponiendo subsidios de paro y jubilación. Creía en que las cooperativas de producción y consumo podrían eliminar las injusticias sociales del capitalismo y abogaba por la humanización de la educación infantil y la creación de parvularios.

Proudhon, el primer teórico del anarquismo, proclamó que «la propiedad es un robo», aunque esta frase tan posteriormente famosa acabó por distorsionar el verdadero contenido de su obra. Su pensamiento fundamental giraba en torno a la idea de que toda propiedad debería estar fundamentada en el trabajo personal, rechazando la idea de vivir de las rentas generadas por el trabajo ajeno. Su proyecto de sociedad se basaba en la autonomía de los trabajadores, promoviendo un sistema en el que estos no fueran explotados por otros y en el que no existiera un gobierno o una burocracia centralizada. El también francés Louis Blanc, fue el primero en formular el concepto de «cuarto estado», es decir, aquella categoría social que mostraba a las claras que los trabajadores tenían intereses distintos a los del «tercer estado», la burguesía, protagonista de la Revolución Francesa.

¿Quieres seguir leyendo?



Acabas de leer la introducción y el primer capítulo de *Auge y caída del PSOE. Una mirada crítica a 150 años de historia*, de Carlos Javier Alonso. El libro completo, de más de cuatrocientas páginas, recorre ocho capítulos desde los orígenes del socialismo hasta el presente.

Comprar el libro completo ›

bibliotecaonline.es/auge-y-caida-del-psoe

QUÉ ENCONTRARÁS EN EL LIBRO

- **Los orígenes.** El nacimiento del socialismo y el marxismo, las ideas que están en la raíz del partido.
- **La fundación y los primeros años.** La creación del PSOE, la figura de Pablo Iglesias Posse y el camino hasta la Segunda República.
- **República, guerra civil y exilio.** El papel del partido durante la Segunda República, la Guerra civil y los años de exilio.
- **Transición y democracia.** Los liderazgos de Felipe González, José Luis Rodríguez Zapatero y Pedro Sánchez, con un análisis crítico de cada etapa.

Con bibliografía básica e índice onomástico para seguir profundizando.

Digital Reasons

bibliotecaonline.es

pedidos@bibliotecaonline.es

ISBN (papel): 978-84-10093-11-9



Escanea para comprar